



Fig. n.º 68.- Bennassar, Bartolomé (2017): *Antonio Ordóñez, la magie du souvenir*, París, Éditions de Fallois, 108 páginas.

Presentar a Bartolomé Bennassar al público español es una tarea cuasi superflua. Y totalmente innecesaria, hacerlo ante los lectores de la *Revista de Estudios Taurinos*. Hispanista de acrisolado prestigio, historiador de profesión que ha dejado varias obras maestras para el mejor conocimiento de nuestro pasado (destaco, entre tantas, mis dos favoritas: *Valladolid et ses campagnes au Siècle d'Or* y *Les Chrétiens*

d'Allah, escrita junto con su esposa, Lucile Bennassar), novelista más que ocasional (léase *Les Tribulations de Mustafa de Six-Fours*), viajero por la América española (léase *Toutes les Colombies*) y portuguesa (léase su *Histoire du Brésil*), practicante entusiasta de actividades muy diversas como, sobre todo, la pesca de la trucha (léase finalmente *Les Rivières de ma vie: mémoires d'un pêcheur de truites*), es, para acabar esta relación de los muchos campos de interés de una personalidad multifacética, un gran aficionado a los toros, nacido en Nîmes (esa ciudad a la que profesa «*un attachement qui ressemble à de l'amour*»), primo de Paquito Cantier (el director de la revista francesa *Toros* y su principal introductor en el mundo taurino), espectador apasionado de las corridas lidiadas en las más diversas plazas de la geografía europea y americana), lector de los teóricos y críticos de la fiesta y autor de una espléndida *Histoire de la tauromachie. Une société du spectacle*, que fue traducida a nuestra lengua por la Maestranza de Caballería de Ronda, gracias a los buenos oficios y la consabida sensibilidad de Rafael Atienza.

Bartolomé Bennassar nos obsequia ahora con un hermoso libro, que no es sino una remembranza entrañable de uno de los grandes toreros de todos los tiempos, Antonio Ordóñez, a quien admiró profundamente y a quien, por su dominio del temple, pieza esencial del arte de torear, coloca en el Olimpo taurino del último siglo junto a los dos protagonistas de la edad de oro y junto a Pepe Luis y Manolo Vázquez, a Curro Romero y a José Tomás, cuya corrida del 12 de septiembre de 2016 ha dejado una huella imborrable en la memoria del autor. Y esto nos da pie para decir que este es un libro que refleja particularmente la memoria personal que del diestro ha conservado el escritor, donde la realidad está matizada, transfigurada por la “magia del recuerdo”, como subraya el subtítulo de esta obra profundamente lúcida y emotiva en que conversan con raro equilibrio el cerebro y el corazón.

No se trata, por tanto, propiamente de una biografía de Antonio Ordóñez, aunque se deje constancia de sus datos principales, aunque se hable (¡cómo no!) de sus grandes faenas o de su amistad con Ernest Hemingway y Orson Welles, sino de una selección de aquellos aspectos de la personalidad y del arte del maestro de Ronda que mayor impacto han causado y más duradera impresión han dejado en el autor del libro. De ahí que podamos permitirnos registrar, sin recurrir a un método rígidamente cartesiano, aquellos juicios y aquellas imágenes que más nos han atraído en nuestro paseo por sus páginas, donde, por cierto, resuenan muchos de los nombres que han hecho posible la publicación regular de la revista que acoge esta recensión (Pedro Romero de Solís, Alberto González Troyano, Jacobo Cortines), así como los de algunos de sus más asiduos mentores (François Zumbiehl o Francis Wolff).

Así, para empezar, Bartolomé Bennassar se pronuncia a favor de considerar la época de Antonio Ordóñez como la «segunda edad de oro de la tauromaquia». En primer lugar, por el elenco de figuras que le rodeó en sus años de esplendor (los cincuenta y los sesenta), pero también porque el maestro de Ronda propuso siempre un toreo de una «belleza grave y melancólica» (según el decir de Rafael Atienza), un toreo dominado por la valentía, la profundidad y la elegancia (es decir, donde se daban cita el valor, la profesionalidad y la gracia) y, quizás, sobre todo, porque supo elevar la lidia a otra dimensión, hasta entonces desconocida, ya que en esas alturas se producía una «suspensión del tiempo», un momento en que el tiempo se detenía generando un instante de serenidad que apaciguaba el alma, como hacía Francisco Salinas en la famosa oda (“El aire se serena”) de fray Luis de León (o como cree intuir el escritor cuando Pablo Picasso le ofrece su reloj al torero en la plaza de Nîmes). Y hablando de Francisco de Salinas, el toreo de Antonio Ordóñez era un toreo musical que poseía cadencia, ritmo, *tempo*,

armonía, lo que se asoció muchas veces en bocas de críticos y escritores a la “música callada” de José Bergamín, evocada por Jean Lacouture en la famosa jornada de Ronda de 1972: «*La musique se tut. Celle qu’il créait dans le silence, entre le ciel et le sable, était tellement plus belle*».

El libro pone mucho énfasis en la dramática sucesión de cogidas que sufrió Antonio Ordóñez a lo largo de su carrera, especialmente en la más espantosa de todas, la de la plaza mexicana de Tijuana, que le tuvo apartado de los ruedos durante tres años, probablemente hasta que pudo empujar el recuerdo al fondo de su memoria y así hacerlo inocuo en el momento de volver a enfrentarse con un astado, una operación que no pudo realizar su padre, el *Niño de la Palma*. Es el precio del valor, aunque el maestro rondeño nunca fue uno de esos toreros suicidas que arriesgan su vida con un cierto grado de irresponsabilidad. Es también una geografía del dolor reflejada en la carne que merece todo nuestro respeto, como bien dice de manera admirable Fernando Quiñones en uno de sus mejores cuentos, *Las bodas*, incluido en el volumen titulado *La gran temporada*. Es la consecuencia inexorable de alcanzar la cima en el arte de la tauromaquia, ese «arte al borde del abismo», según la celebrada y lapidaria definición de Pedro Romero de Solís.

Sin embargo, pese a tal tributo de sangre, Antonio Ordóñez siempre tuvo una complicidad con su adversario que a veces rozó una especie de comprensión cuasi fraternal. Por eso, en alguna ocasión solicitó el indulto del toro y en otras prefirió matar recibiendo como si pidiese la colaboración de su contrincante, como si desease que fuera el toro el que se le entregase en el instante supremo, llegando a declarar (casi heréticamente) innecesaria la muerte del astado: «Para mí, esta suerte es la parte más mecánica que he encontrado en la corrida. Cuando iba a Portugal, no lamentaba no asestar la estocada. Una corrida suscita un conjunto de bellezas, y este conjunto no necesita la muer-

te del toro». Y también: «Un artista debe lamentar mucho tener que matar a un toro». Y terminaba afirmando que la lidia, para ser perfecta, requería una afinidad entre toro y torero que tenía mucho que ver con «la pasión amorosa». Sin entrar en la controversia sobre la suerte de matar, la opinión del maestro de Ronda puede añadirse a los argumentos de los partidarios de la concepción de una tauromaquia laica, despojada de las gangas sacrificiales y religiosas con las que se la cree sublimar.

Bienvenido sea este nuevo libro de Bartolomé Bennassar, que sigue transmitiéndonos su inteligencia y su entusiasmo, en una prosa con temple, con pureza, con densidad. Y, sobre todo, transida de ese sentimiento de calidez espiritual, de afecto universal, de amor hacia la vida y hacia el mundo que le rodea que nos ha convertido en sus amigos del alma y para siempre.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos

